

EL CIRUJANO

(Pseudònim: Radhenda)

Una rama perforando lentamente el globo ocular, como emulando aquellas ocasiones en las que ejecutaba ese movimiento con una pajita en su refresco de naranja, su preferido. Siempre había tenido curiosidad pero, para satisfacerla, lo hacía oculto entre aquellos arbustos, lejos de cualquier mirada. Una vez más miró al extremo opuesto del parque, no había peligro. El ojo izquierdo acabó por reventarse... tenía que conseguir una herramienta diferente, quizás unas tijeras. Tras deshacerse de la rama, le abrió la boca y, con una piedra plana, procedió a golpear los dientes. La sangre empezó a inundar aquel pozo. Los últimos gemidos de dolor, parcialmente acallados por la sangre, provocaron que golpease con más ahínco. Sangre, esputos y dientes se dirigieron hacia el interior para sellar la garganta. Tenía poca fuerza así que le costó acabar con la mayoría de ellos para quedar exhausto. Del bolsillo derecho sacó un caramelo de menta, le quitó el envoltorio y lo saboreó durante minutos, haciendo que recorriese toda su boca para que sus dientes sintiesen su frescor. Se había ganado ese premio. Tras observar el cadáver de aquel niño con quien jugaba siempre y nunca le había ofrecido uno de esos caramelos, se incorporó. Dio unos pasos hacia atrás y, cogiendo carrerilla, corrió para saltar sobre aquella fea cabeza que terminó por hundirse en la hierba. El otro ojo explotó y de una herida en la zona parietal empezó a salir una sustancia viscosa y semisólida.

Cuando volvió con su madre que apuraba las últimas páginas de un libro de Danielle Steel, le dijo con una inocente sonrisa.

—Mami... tengo ganas de que nazca el bebé.

—Sólo unos meses, cariño —respondió ella feliz por tener un hijo tan preocupado por su hermanita.

Sergi Orea Vilàs

ACCÈSSIT AL MILLOR MICRORELAT DE TERROR I GORE EN CASTELLÀ